



Artículos



# Universidad Nacional de Córdoba: La reforma ayer y hoy. Un enfoque sobre la problemática institucional.

Facundo Ortega

Facundo Ortega es director de la Maestría en Investigación Educativa del CEA

ESTUDIOS · Nº 11-12  
Enero-Diciembre 1999  
Centro de Estudios Avanzados de la  
Universidad Nacional de Córdoba

Mucho se ha hablado de la influencia de la Reforma en las Universidades Latinoamericanas. Analistas como Touraine la ubican en el inicio de movimientos sociales que construyeron un nuevo paradigma del intelectual latinoamericano. La universidad unida al intelectual revolucionario se fue convirtiendo en un estilo de pensamiento y de acción que por supuesto no fue inventado por la Universidad de Córdoba pero sirvió como detonante para que otras sociedades se identificaran con sus procesos de transformación. Transformaciones que se producían en un contexto en el cual coexistían tradición y modernidad, con características que probablemente la acercaran más al marco de otras experiencias latinoamericanas que otras universidades del país.

La polarización entre tradición y modernidad, vieja dualidad que enmascara enormes diversidades (de una y de otra) y de cuya confrontación se supone el origen de grandes cambios tuvo un lugar importante en los procesos de transformación locales. En el momento actual la modernidad sólo puede cotejarse consigo misma (Beck, 1997), ha perdido los referentes frente a los cuales se posicionaba como vanguardia del cambio. Pero en aquellas épocas, la confrontación entre, por un lado, aquellos actores sociales posicionados en el espacio social en función de capitales económicos y culturales que se legitimaban a través de un capital social anclado en la "tradición" y en los mitos fundacionales y por otro los advenedizos de la modernidad -recién llegados al espacio y a la posición- alcanzaba una densidad que se agudizaba en la polarización y el conflicto. Córdoba con su iluminismo apagado de fines del siglo pasado entró en el siglo XX

---

\* Ponencia presentada en el Simposio Internacional en Homenaje a la Reforma Universitaria organizado por el CEA entre el 18 y el 20 de noviembre de 1998.

con una universidad que además de las presiones políticas del gobierno central para entrar en el universo de las ciencias, sufría los avatares de las transformaciones sociales, políticas y económicas nacionales desde su mirada pueblerina.

Córdoba ciudad y Córdoba universidad convivieron casi desde sus orígenes y una marcó a la otra en cuanto a las relaciones con el poder, con la producción de ciudadanos ilustres, con la vida política local y nacional. Las iglesias, a su vez, poblaban las calles, la política, la vida cotidiana y también el conocimiento: esto es la universidad, la ciudad y la trama de legitimación del poder.

El proceso de concentración urbana que hizo de Bs. As. un caso singular en América Latina y el mundo ya que desde comienzos del siglo concentraba –y concentraba más de un tercio de la población del país, en el cual además nunca se logró la concreción de un federalismo real, confundió siempre a Argentina con una ciudad. Pero también en el interior del país se producía una confusión entre ese mundo que centralizaba servicios, información, política, economía y educación confrontado con la experiencia local.

Lo cierto es que las transformaciones del sistema político argentino tenían una fuerte concentración en Bs. As, la metrópolis conectada con el mundo europeo que además se autoconsideraba una capital europea (y no un suburbio de Europa como lo imaginó Borges) con una legislación que unificaba pero que al mismo tiempo mostraba las distancias. Me refiero a los estilos de vida, a la conexión con el resto del mundo, a la aparición de un mundo cultural reflejado en la urbe desde la arquitectura a los teatros, bibliotecas, librerías, ferias internacionales etc.: es decir, el clima de gran ciudad que se ligaba fundamentalmente a Europa como una prolongación carente de autonomía y al interior como la trastienda de las curiosidades que daban paradójicamente forma y color a una mitología de nación.

En esta identidad vacilante -donde la educación se conformaba en el dispositivo clave para la institución de una mitología histórica de los orígenes-, se reflejaba la paradoja entre, por un lado, la “tierra” y el “indio” como soportes simbólicos de la condición nacional y por otro a la construcción del mundo urbano como equivalente al progreso, y al fin de los aborígenes como triunfo de la civilización y de la soberanía. La imagen construida acerca de la valentía del indio y del conquistador- vencedor, como una oposición que simbólicamente unía la pertenencia a la tierra con el heroísmo dominante no podía ocultar la secreta alegría de que el indio ya fuera sólo un mito de la nacionalidad, cuya extinción o reclusión territorial (el “salvajismo entre rejas”), marcaba la diferencia con el resto de América Latina.

Córdoba en ese contexto era un pueblo del otro mundo, del interior, con sus oligarquías apresuradamente construidas que veían no sin recelo el ascenso económico del inmigrante y las cada vez mayores dificultades para distinguirse de él y, al mismo tiempo una lejana conexión con el mundo. Argentina el suburbio de Europa, Córdoba un suburbio del suburbio, lejana en el espacio y también en el tiempo.

Bajo una legislación nacional que resaltaba el presente porteño frente al futuro del interior, que pretendía expandir hacia allí la modernidad, la Universidad de Córdoba

estaba en una encrucijada, en un cotidiano político, social y económico más ligado al resto de América Latina en cuanto a los estilos de poder local pero dentro de una nascente mitología de nación europea que además “tenía” a Europa en su capital y donde las políticas del estado no se caracterizaron nunca por su federalismo, sino más bien por el intervencionismo, vivía las paradojas de la bienvenida a la modernización pero manteniendo los viejos sistemas de dominación permanentemente actualizados.

Y la Universidad de Córdoba en este sentido, reproduciendo los mecanismos de dominación en nombre de lo universal, fue mantenida como uno de los baluartes de la distinción, donde los recién llegados podían estudiar pero no participar. Para las familias que sobrevivían fundamentalmente de los “títulos de nobleza”, de los beneficios que les daba el poder, de una violencia simbólica instituida e instituyente, la universidad, mecanismo de legitimación de la *noblesse d'Etat*, garantía de reproducción de un orden que estaba siendo amenazado por las oleadas inmigratorias, donde los rasgos físicos perdían validez como criterio de distinción y donde el veloz crecimiento económico en muchos casos obligaba a acentuar un estilo, un gusto, un “saber” que pronunciara las diferencias en orden al mantenimiento de la violencia simbólica.

El “riesgo” era claro, sin un proyecto como el puesto en marcha por la oligarquía porteña en la explotación agrícola ganadera destinada a la exportación, o las oligarquías azucareras del Norte que bien podían unir la dominación a los estilos de vida, Córdoba mantenía un perfil indefinido. Centro del país, nudo ferroviario, ciudad de las iglesias, veía como las ricas tierras de la pampa húmeda eran inundadas por inmigrantes que hacían de la provincia un mosaico, donde la riqueza se posicionaba al este y al sur y la pobreza al norte y al oeste, estas últimas al mando de grandes terratenientes poco productivos y defensores de la tradición.

En este marco, la universidad no podía dejar de ser el instrumento privilegiado de la distinción y de la reproducción de la violencia simbólica: constructora de abogados, médicos, notarios que constituían linajes particularmente afines a mantener el otro pie en el poder político.

Quizás en esa tradición en que navegaban ricos y pobres, los recién llegados no eran bien vistos. Se confrontaban los viejos estilos de dominación y poder económico con la construcción de un mundo “ajeno” pero dentro del país y también dentro de la ciudad. Los inmigrantes, más allá de sus orígenes políticos, desconocían en muchos aspectos, los códigos secretos -aquellos creados en la vida cotidiana- que legitiman el poder. Se creaban así alianzas y distancias como dispositivos de identificación y diferenciación: el peón local con un estilo de fidelidad al “patrón” oligárquico y el empleado y el obrero extranjeros o hijos de extranjeros que amparados en la ambigüedad del mito fundacional, padecían de una cierta ceguera ante la violencia simbólica local.

Por otra parte los recién llegados, tanto obreros como pequeños -o rápidamente grandes- comerciantes y productores, adoptaban el estilo de la construcción de nuevas identidades que se caracterizaba por el rápido olvido de los antepasados y la inmediata exigencia de derechos. Particularmente los hijos de esos inmigrantes que eran más ciegos a la violencia simbólica que sus padres, veían las contradicciones entre los dere-

chos proclamados y las dominaciones vividas -que construían sus intereses específicos- en un medio donde se abrían nuevos espacios de acción social. A esto se agrega aquella ambigüedad constitutiva del mito fundacional, donde el culto a lo extranjero impedía la definición, con perfiles netos, de un criterio de distinción que los hiciera más permeables a los dispositivos del poder.

Por cierto que la eficacia del poder reside en el ocultamiento de sus mecanismos, pero este ocultamiento es válido cuando hay una capacidad del dominante para instituir las asimetrías sociales. Las ambigüedades de la sociedad cordobesa para definir los criterios de distinción producían un efecto particular: los sectores dominantes podían construir y mantener criterios de distinción que operaban en su interior y creaba, además, redes y criterios de “reconocimiento” que prolongaban la cooptación del poder (en particular en las esferas de la enseñanza). Pero debían *acomodarse* a una progresiva invasión donde los mecanismos internos de reconocimiento no bastaban para frenar el acceso de los *parvenus* a las esferas del poder -en un principio adaptándose éstos a los ritos iniciáticos de los “tradicionales” e intentado travestirse como uno de ellos y después desconociendo los criterios “tradicionales” de distinción. Estos se revelaron ineficaces ante una homogeneización social donde, a pesar de las asimetrías del poder, ese pasado que la mayoría de los inmigrantes ocultaba en la prisa de ser un habitante más, permitía imaginar no sólo el mejor de los futuros sino también un futuro inimaginable.

Allí, los jóvenes, con derechos pero sin poder, transmutaron sus derechos en poder, pero esto no podía hacerse sin “excesos” y no me refiero a los excesos a los que alude siempre el poder cuando se actúa en contra de él, sino a los excesos de futuro que acompaña el triunfo en una lucha desigual. La presencia de esos jóvenes en el gobierno de la universidad superaba los estrechos márgenes de la democracia formal. Se participaba en nombre del conocimiento y en aquel momento conocimiento era sinónimo de revolución. Sin intención sarcástica diríamos que se consideraban los dadores de conciencia y que esa conciencia se construía en la universidad. Detentora del monopolio del conocimiento ilustrado, su lugar en la sociedad -coherente hasta el momento con una estructura de poder- parecía desplazarse hacia el centro de un proceso centrífugo de transformaciones, donde las mediaciones institucionales con el conocimiento se convertirían en el eje de una nueva sociedad.

El impacto nacional e internacional reforzó el exceso de futuro y se tradujo, en aquel presente, en acción y creación. Los años revolucionarios aquí vividos, parecían ser el breve paréntesis donde esos universos paralelos que se estaban construyendo (llámese si se quiere grandes narraciones) iban a confluír inevitablemente en uno solo donde convivirían armónicamente ciencia, conciencia y justicia.

Si bien es imposible aquí mostrar el largo camino que la universidad transitó entre los meandros políticos, económicos y sociales hasta su situación actual, su posición en esta sociedad y los pasos que se fueron construyendo hasta confluír en la dinámica contemporánea, no podemos dejar de señalar algunos hitos importantes para esbozar la distancia que la separa de aquellos momentos instituyentes.

La historia, en efecto, siguió un camino distinto al que imaginaron –y también construyeron- quienes participaron en aquel movimiento. En poco tiempo los golpes de Estado (muchas veces dirigidos contra un sueño sin futuro), desarticularon el nuevo orden e instituyeron una prolongada dualidad entre breves períodos de democracia controlada y gobiernos de facto. Dualidad que se instituyó en la Universidad y penetró su dinámica interna ya que reproducía, de algún modo, los grandes movimientos políticos y sociales a nivel nacional.

Durante el peronismo apareció esa dualidad con características particulares: “libros no alpargatas sí” resumía duramente una postura antiintelectual que se agudizó frente al comienzo de la crisis económica del 52. La carrera por consolidar la legitimidad ideológica de la “doctrina” en un mundo con sólo dos grandes narrativas en medio de la crisis, no pudo dejar de ver en la universidad a uno de sus peores enemigos.

Por el otro lado, liderados paradójicamente por el “cristo vence” se rompían las puertas para el ingreso simbólico de los rebeldes a la Universidad. Un clima de *non-chalance* se vivía entre la rebeldía abierta de los estudiantes -secundarios y universitarios- donde no parecía medirse la dimensión de un peligro real. Pero como en todos aquellos momentos en que la dominación se ejercía violentamente, una parte de esa oligarquía -permanentemente en crisis y siempre en el poder- denunciada por los rebeldes del 18, ocupaba espacios privilegiados en la Universidad.

El comienzo del nuevo gobierno democrático-controlado conjugó circunstancias también inesperadas: en el 58 con el lanzamiento del Sputnik, Occidente replantea rápidamente su política científica y la Universidad argentina es beneficiaria de ello, conjugándose con un proceso de corto alcance pero que marcaría un retorno al sueño de la ilustración, de la participación social y política unidas al conocimiento científico. De hecho se afirma la autonomía de las ciencias naturales hasta el momento dependientes de las ingenierías a través de una expansión institucional. Crece también rápidamente la facultad de filosofía y con ella artes, letras, psicología y pedagogía.

Todo parece inundarse de libertad, para ver, leer, discutir y en poco tiempo el efecto performativo de esas rápidas transformaciones se tradujo en interés, participación y en producción académica. En nuestro caso así como la ruptura con el espíritu de parroquia provincial.

Apertura al mundo que se traduce en un interés por el mundo en el preciso momento en que Cuba aparece en él. Argentina tocada por la vara mágica de las rápidas transformaciones, se encuentra en una coyuntura excepcional y la Universidad aquí parece convertirse, al menos para sus miembros, en el centro del mundo.

La vida universitaria se vuelve activa, polémica, creativa, las discusiones ideológicas vuelven a encontrar en los alumnos un eje fundamental pero esta vez, a diferencia del 18 un grupo de intelectuales aggiornados participan en las luchas por la imposición de las legitimidades ideológicas.

El clásico estudio de C. Walken sobre educación y democracia en América Latina a comienzos de los sesenta, vió en sus universidades el lugar privilegiado para aumentar la confianza en la humanidad, conjuntamente con el desarrollo de una práctica

democrática que comienza con la participación en la institución y se prolonga fuera de ella. Pero advierte que este desarrollo no es igual en todos los países de América Latina y que su eficacia depende de una democracia efectiva en el gobierno de esos países: Argentina entre los países estudiados era -en su perspectiva- el mejor posicionado. No es necesario aclarar que el estudio se finalizó antes de 1966.

Una ausencia importante, sin embargo, muestra que las estructuras de poder locales y los temores del poder central en relación a la universidad y a la ciudad de Córdoba, aún imponían restricciones a la declamada libertad de pensar y de actuar: no se promovió la creación de escuelas de ciencias sociales y políticas. Su ámbito de acción era la Facultad de Derecho con un posgrado en sociología que estaba marcado por un normativismo adaptado a los vaivenes del poder.

Las luchas de fines de los sesenta, las nuevas propuestas de alianza obrero-intelectuales y su efectivización en los movimientos sociales que cubren esa época, dejan atrás los ideales científicos y la Universidad de Córdoba se convierte en un polvorín donde sus militantes ven la revolución como un hecho irreversible que culmina en la confusa democracia del '73. Esta abre una nueva puerta a la participación política dentro de la Universidad, en un comienzo una puerta enorme, luego un pasadizo y finalmente una encrucijada que parece destruir definitivamente un sueño intelectual.

El retorno a la democracia en el '83 vuelve con el sueño reformista pero en un mundo decepcionado: el conocimiento se ha desvalorizado hacia fines de la guerra fría y ahora el frío se ha trasladado al conocimiento. La magia de los primeros años de democracia se disuelve en el desinterés político que se comienza a generalizar retroalimentado con la crisis económica. Los conflictos entre quienes fueron docentes durante el proceso (cuyos concursos fueron legitimados por el gobierno radical) y los reincorporados, instauran las primeras confrontaciones a nivel del gobierno de la universidad. De todos modos se respetan las reglas de juego, los alumnos, en general, apoyan a los reincorporados y comienzan a entrenarse en el juego político interno.

Pero el sistema de oposiciones era de alta densidad y baja definición. Las alianzas -tanto defensivas como agresivas- se construían en relación a la historia inmediata y a las personas que participaron de un lado u otro, más que a la lucha entre propuestas ideológicas. Tampoco podría hablarse de una oposición autoritarismo-democracia, nadie hacía una defensa del gobierno militar, simplemente se aludía a lo inevitable de la situación que como un destino inapelable los había obligado a una "relativa participación" con fines de supervivencia.

Así como en el '18, a fines del '50 y comienzos del '70 se dan coyunturas nacionales e internacionales que parecen abrirse a un futuro que uniría conocimiento y transformación (en todas sus variantes, incluida la desarrollista) en un horizonte definitivo; los '80 sólo quieren barrer el pasado, en el marco de una profunda crisis económica. Enemigos confusos en un clima de hundimiento y escepticismo que produce nuevas agrupaciones, donde sus mismos integrantes creen saber qué los separa de los otros pero no qué los une, más allá de un vago humanismo.

Irreconciliables enemigos políticos en los '70 (dentro de la izquierda) construyen

alianzas y hasta relaciones de amistad y a su vez entran en intersección con un partido tradicional, la UCR y comienza a discutirse la idea de un proyecto de universidad. Otros partidos establecen alianzas con algunos procesistas y algunos no pueden entrar en ninguna de estas categorías y mantienen relaciones ambiguas con ambos.

Los estudiantes por su parte pasan del entusiasmo militante de comienzos de la democracia a un creciente desinterés político y social -no exclusivo de la universidad- invirtiendo aquella posición que, en el sueño reformista del 18, ocupaba el conocimiento en las transformaciones sociales, políticas y económicas. Tradicional puente hacia el activismo político, el aprendizaje democrático que la institución construía -de acuerdo con Walken hasta mediado de los sesenta- se desplaza hacia una agudización del corporativismo y hacia un proceso de "politización" estudiantil donde el militanismo dentro de la universidad se convierte únicamente, en un activo y temprano mecanismo de entrada al campo de lo político.

Las fisuras de la autonomía comienzan a transformarse en grietas y los conflictos político partidarios se prolongan hacia adentro, modificando la dinámica de la gestión: las mediaciones institucionales con el conocimiento actúan prolongando los clivajes y las distancias, ritualizando las prácticas educativas, estableciendo en el lenguaje de Chevallard una ruptura del contrato institucional.

Una autonomía relativa que no es la del Estado ("materialización de una relación de fuerzas" Poulantzas, 1976) sino la de un organismo del Estado que, sin ser el fiel instrumento del poder (Bourdieu) gana en la concesión de la gestión sobre el conocimiento.

A través de la creación de un control burocrático del conocimiento en nombre de "su excelencia" -el poder- los criterios que legislan la legitimidad del conocimiento son los rituales de su puesta en escena: ante las dificultades crecientes para discernir la calidad, del trabajo, el número de presentaciones en congresos o el número de publicaciones travestidas o no ( eso no se evalúa) asigna puntajes, clasifica y más aún, instituye la pertinencia de la producción científica. Los jueces instituidos- instituyentes, instituyen como jueces "autónomos" las reglas de juego de la producción legítima. Una nueva epistemología prescriptiva recorre el mundo de la producción científica, el efecto "I como Icaro"<sup>1</sup> se apodera de los jueces, donde una inesperada defensa

---

<sup>1</sup> En el film de Costa-Gavras el "héroe" que parece la encarnación del espíritu de justicia es sometido a una experiencia: a través de un vidrio-espejo (panóptico) que le permite ver sin ser visto contempla cómo dos voluntarios pagos se avienen a un juego perverso: uno de ellos interroga y el otro recibe descargas eléctricas tanto mayores cuanto más se equivoca. El interrogador se enoja porque el otro no responde "correctamente" y se ve "obligado" a aumentar las descargas eléctricas, finalmente el principal enemigo es la víctima. El "héroe" que observa la acción detrás del vidrio no soporta la situación y decide irse cuando quien compartía el cuarto con él le observa que hasta ese momento no había puesto en tela de juicio la experiencia. Dejemos de lado que los voluntarios eran en realidad actores y que el "héroe" era el sujeto principal de la trampa: la observación acerca de la sumisión a las normas aún por parte de quienes asumen el papel de justicieros son víctimas de la *humana conditio* magistralmente descripta por Norbert Elías.

de las normativas vigentes (en la mayoría de los casos *ad hoc*) muestra la debilidad de un juicio autónomo, muestra el poder de las mediaciones institucionales en la formación del “criterio” y muestra finalmente las debilidades del conocimiento cuando debe enfrentarse con el poder.

La universidad de Córdoba hoy ha cambiado de héroes, los “I” han suplantado a quienes hacían un juicio radical a las reglas de juego y a los jueces, a quienes confiaban en un futuro de justicia mediado por las ciencias, para convertir a las ciencias en un terreno privado desde donde se juzga unilateralmente. Sin percatarse que han construido un segundo sentido común “académico” pero tan próximo del sentido común “común”, en cuanto a la ceguera de la “transparencia” que las distancias son imperceptibles, con el agravante de que los títulos legitiman el derecho a dictaminar sobre la validez de los otros conocimientos. Las rupturas epistemológicas que parecían haberse adueñado definitivamente de los procesos de construcción científica se han convertido en un cliché de la nueva burocracia que puede cometer las peores atrocidades contra el conocimiento y – agreguemos- la sabiduría en nombre de su majestad la excelencia y, como se sabe, la excelencia es una traslación al campo del conocimiento de la religión ligada al poder y, en consecuencia está más ligada a los *clim d’oeil* divinos que a la producción humana.

Pero la magia de las palabras parecen atribuir hoy la excelencia a quienes la mencionan como propósito y a quienes la aplican en la severidad burocrática. En el microcosmos del campo intelectual se observa la persistencia del Estado burocrático-autoritario. Como lo señalara Jurgen Habermas la cultura no se cambia por decreto y los largos procesos de sumisión a la arbitrariedad del poder hoy aparecen en la intolerancia de la vida cotidiana y en los excesos de quienes tienen un pequeño espacio dentro de él.

La universidad hoy es la cristalización –no el producto o el efecto- de esa historia, el corporativismo no sólo se refuerza sino que alcanza niveles inesperados. La “confederación” de los rectores es una muestra de cómo el poder, aunque escaso y transitorio construye “espíritus de cuerpo”. Un poder que debe rendir cuentas a los ministerios pero también a quienes los eligen, transita una dualidad que se mantiene en el juego ambiguo de las concesiones y de las omisiones. La institucionalización del espíritu de cuerpo en la participación fugaz en corporaciones que se reproducen tantas veces cuantas secretarías y comisiones se crean, muestra paradójicamente la fragilidad de los vínculos: las rupturas que el poder instaura parecen suponer que la solidaridad es enemiga de la “excelencia”.